

¡AUN ES TIEMPO... RECONCILIEMONOS!

La Iglesia ha hablado y ha pedido que hagamos un esfuerzo para reconciliarnos. Se ha hablado de eso tantas veces, que a muchos esas palabras parecen repetición inútil y estéril.

La constancia, sin embargo, y la confianza última en la verdad, en la Palabra y en el hombre, constituyen la marca incontenible de los que no basan su poder en las armas o en la fuerza.

La Verdad llegará; el hombre, aun el débil, podrá levantarse con dignidad y extenderá su mano fraternal al hombre. La Iglesia no puede cansarse de repetir, oportuna e inoportunamente, este misterio de esperanza. Su vigor está en la memoria inquebrantable y en la fidelidad a su Maestro que en medio de los mayores problemas le dijo al hombre una y otra vez: "levántate y anda"; que en medio del fracaso, cuando todos los oídos y todos los corazones se cerraban, "entregó su Espíritu" para que lucháramos por la venida del Reino.

Es tarea de los enviados del Señor preparar caminos; hablar muchas veces en el desierto; hacer que lo torcido se enderece, los montes y colinas se rebajen... y recordar que todos podrán ver la salvación de Dios (**Isaías 40, 3-5; Lucas 3, 45**).

La palabra de Dios que se esparce a los vientos cae muchas veces en buena tierra produciendo fruto espléndido. Por desgracia, a menudo, ella va a dar en tierra reseca o entre abrojos y es incapaz de echar raíces. ¡Dios, a pesar de eso, no deja de sembrar!

Cuanto mayores son los problemas, cuanto mayor obcecación mostramos, más obligaciones tiene la Iglesia de ponernos ante los ojos las exigencias del Señor. La Iglesia tiene fuerza moral y experiencia, fruto de sus propios errores y de mucha historia, para hablar hoy de reconciliación y pedirnos que abramos los ojos y el corazón para hacer un esfuerzo supremo.

Vamos por un camino peligroso. La vida misma no es respetada. Asesinatos múltiples, amenazas, acusaciones, temor, odio, conforman el cuadro tenebroso en el cual nos movemos y existimos. El país se ha trizado en múltiples pedazos.

Viendo esta realidad, la Iglesia no puede menos de recordar que ella es un instrumento para la reconciliación.

Por eso, en las actuales circunstancias de Chile, Ella vuelve a pedirnos y a repetir con insistencia que busquemos reconciliarnos en la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Nos pide que seamos realistas e imaginativos para buscar los caminos que hacen posible el reencuentro.

Esos caminos deben comenzar por abrirse paso en el corazón de cada uno de nosotros. Fácilmente pedimos a otros gestos y actitudes para comenzar la reconciliación... y no hacemos lo que está en nuestras manos. Así no llegaremos lejos.

Es necesario, por el contrario, revisar ciertas actitudes de fondo que enturbian nuestra mirada. No podemos pedir siempre que los otros comiencen el proceso; hemos de cuidar nuestro lenguaje para no hablar mal de nuestro prójimo aunque sea nuestro adversario; podemos hacer un esfuerzo para evitar fanatismos; hemos de procurar la parcela de Verdad, por pequeña que sea, que hace explicable la actitud de los que no piensan como nosotros... y buscar siempre una salida honorable para los otros, que eviten la humillación... finalmente podemos siempre rezar por quienes nos persiguen.

Resistencias a la reconciliación

No podemos ocultar que en muchos existe una profunda resistencia a la reconciliación. De palabra, es difícil oponerse... en la práctica, sin embargo, se ponen tantas condiciones, que equivale a pedir al otro la rendición total.

El lenguaje de la reconciliación —dicen algunos— es palabra del lobo vestido mansamente de oveja, que pretendería disminuir las medidas de control, permitiendo a los partidos políticos organizar sus estrategias a la sombra del diálogo. Mas aun se teme que una tregua haga posible organizar grupos de resistencia violenta. Se acusa a la Iglesia de ingenuidad, de infiltración, de blandura frente a un enemigo que aprovecha todos los resquicios.

La gente de oposición, por el contrario, teme que detrás de las palabras de reconciliación se quiera echar un manto de olvido sobre lo que ha pasado... y lo que es peor, que todo siga igual. La reconciliación congelaría las relaciones en la situación en que nos encontramos obligando a aceptar las exigencias que han impuesto unos pocos.

Más sutilmente algunos rechazan la reconciliación exigiendo a "los otros" que corrijan todo lo que han hecho y hasta lo que piensan. Olvidan que la reconciliación envuelve a todos los actores sociales.

Hagamos lo que es posible

En Chile hace tiempo que se dejó de pensar con matices o admitiendo que las cosas pueden tener grados. Se ha olvidado que cuando no se puede obtener todo, es mejor que nada obtener algo. Todos avanzamos sin transar... y así hemos llegado a donde estamos. Este caminar a paso largo, sin volver la cabeza, ha costado mucho dolor y mucha sangre... y ha terminado por paralizarnos.

Tendemos a eliminar los medios tonos. Las cosas son blancas o negras, extraordinarias o pésimas. La razón se tiene siempre en exclusiva. Las fuerzas sociales, los intelectuales, los partidos políticos han aprendido la lógica de la guerra sin cuartel. Cada uno se atrinchera frente al adversario juntando municiones. Se quiere la victoria absoluta, la vergüenza y el silencio del otro.

Así no es posible hacer un país. Viviremos para siempre exiliándonos unos a otros.

Lo dicho más arriba vale de la misma reconciliación. Hay muchos modelos y grados posibles de encuentro entre los hombres. Si no es posible la reconciliación total... algo puede hacerse.

En la vida política y social de una nación, no se trata de que todos piensen igual, que todos acepten los mismos caminos. El ideal de reconciliación, la fraternidad completa, la confianza, el amor sin límites son nuestro horizonte de esperanza. Hacia allá vamos. Entretanto veamos qué es posible y hagamos eso con mucho realismo.

Es claro que la vida política seguirá dividiéndonos en grupos. Habrá conflictos más o menos graves como a lo largo de nuestra historia. Habrá intereses económicos encontrados y probable y desgraciadamente seguirá habiendo pobres entre nosotros. Es legítimo y urgente —y los Obispos nos exhortan a ello— luchar para que las causas estructurales de las diferencias injustas desaparezcan... pero no podemos luchar creando conflictos más graves.

La verdadera reconciliación, al menos la que es posible realizar hoy, **supone grados**, no suprime los conflictos, pero los ubica en un marco en que los adversarios no pierden su condición humana y pueden seguir dialogando y trabajando en un mismo país.

El mínimo de la reconciliación es aceptar el derecho compartido con todos a vivir en esta larga y angosta faja de tierra y a disponer de los medios indispensables para llevar una vida digna.

La reconciliación que permite seguir avanzando supone aceptar que, a pesar de las divisiones sociales, políticas, culturales o religiosas, hay ciertas zonas de consenso mínimo. Hay derechos humanos fundamentales que deben gozar de una efectiva protección jurídica y cuya violación, como en los casos de los degollados, de los carabineros asesinados o de los torturados, debe ser severamente sancionada por un Poder Judicial independiente y dotado de todos los medios indispensables para realizar su tarea. Existe el derecho a ser informado y a informar verazmente y a dialogar sin temores a través de los medios de comunicación.

Es necesario revisar las propias ideologías que, siendo a menudo falsamente mesiánicas, desconocen la parte de verdad que detentan los que no comparten esa ideología. De ahí a la eliminación pura y simple del adversario hay un paso corto. La reconciliación pasa obligatoriamente por un mínimo de tolerancia.

Ella supone también que nuestros sentimientos más profundos hacia los otros miembros de este pueblo, con los que debemos compartir el destino, no son ni el temor, ni el odio, ni el rencor. Con esos sentimientos no es posible establecer consensos mínimos.

Tenemos que pensar una pedagogía que nos ayude a asumir estos valores esenciales y básicos. Sólo así evitaremos que la violencia destruya los pobres lazos que aún nos quedan como pueblo.

Pedagogía de la reconciliación

Si pretender hacer un tratamiento exhaustivo de este tema nos parece importante recordar que para promover la verdadera reconciliación nuestro corazón ha de ser renovado y convertido.

Debe estar más preocupado por el futuro que por el pasado. Es verdad que no se trata de un olvido puro y simple del pasado... pero la historia sólo avanza si mira hacia adelante. El pasado puede ser maestro de vida; nuestros errores nos iluminarán el sendero para no volver a caer... pero como pueblo no podremos reconstruirnos sobre las mutuas recriminaciones.

En esta misma línea, es necesario decir que la verdadera reconciliación debe insistir más en el perdón que en el castigo. Debe dedicar más tiempo a buscar nuevos caminos que sean transitables, que a remover las culpabilidades. No propiciamos la impunidad, sino que se haga la verdad, que se haga una justicia mínima, pero que sobre todo predomine la capacidad de generosidad y de perdón. Proponemos una terapia nacional que corrija verdaderamente el pasado pero que mire hacia adelante ofreciendo una nueva oportunidad aun a los que han faltado, si están dispuestos a corregirse.

La reconciliación que propone la Iglesia tiene su raíz más profunda en la caridad y en la solidaridad que recuerda que no estamos solos en el planeta. Compartimos con otros la vida, caminamos juntos, nos necesitamos mutuamente... y al final de los tiempos tendremos que enfrentarnos cara a cara delante del Señor. La reconciliación es otro nombre de la caridad y de la solidaridad que nos obliga a ser hermanos y a construir un mundo de hermanos. La Iglesia nos pide un esfuerzo supremo de reencuentro. Es preciso dar los pasos posibles, descubrir los gestos significativos que nos permitan, por lo menos, no destruir la vida, don precioso de Dios, y crear las condiciones mínimas para que ella crezca y se desarrolle.

MENSAJE

16 de julio de 1985